

Efrain Kristal

*En torno a la historia del concepto de  
Historia literaria hispanoamericana*

---

---

INSTITUTO JUAN ANDRÉS  
de Comparatística y Globalización

\*Localización original del texto: Kristal, E. “En torno a la historia del concepto de Historia literaria hispanoamericana”, en P. Aullón de Haro (ed.), *Teoría crítica I* (1994), pp. 195-209 / *Historiografía y Teoría del Historia del Pensamiento, la Literatura y el Arte*, Madrid, Dykinson, 2015, pp. 675-688.



La historia de la literatura hispanoamericana es fenómeno reciente. No es sino en el siglo XX cuando se alcanza a contemplar las literaturas hispanoamericanas del siglo XIX en su conjunto, e incluso textos escritos en épocas anteriores. Durante la formación de las nuevas repúblicas nadie dudaba de que el pasado literario hispanoamericano fuera español. Hubo, sin embargo, diferencias y polémicas en torno al papel de la literatura española respecto de las nuevas repúblicas independientes. Las posturas de Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento representan polos opuestos y de alguna manera paradigmáticos en este asunto. Para Bello la emancipación intelectual de Hispanoamérica implicaba el refinamiento del espíritu hispano en una geografía distinta: defendía la unidad de la lengua y de la literatura española. Para Sarmiento, en cambio, la emancipación política debía representar a su vez una emancipación literaria: exhortó a los literatos hispanoamericanos a que rompieran con la literatura española de su tiempo<sup>1</sup>. En un ensayo de 1849 Sarmiento afirmaba que la separación literaria de España y América era beneficiosa:

Las repúblicas sudamericanas tienden a separarse cada vez más, a medida que progresan, de la nación que antes fue su metrópoli, no ya en sus instituciones que con razón han repudiado, sino también en las ideas mismas y aun en los gustos literarios. En América, con más abundancia que las españolas, se lee las obras de los autores ingleses y franceses en historia, bellas letras y política<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Para los detalles de las posiciones de Bello y Sarmiento en torno a la tradición española consúltese Monegal, Emir Rodríguez, “Las polémicas del romanticismo: Santiago (1842)”, en *El otro Andrés Bello*, Caracas, Monte Avila, pp. 239-319.

<sup>2</sup> Sarmiento, Domingo Faustino, “Biblioteca de autores españoles”, en *Obras. Tomo II*, Buenos Aires, Felix Lajouane, 1885, p.331.

Las posiciones sostenidas por Bello y Sarmiento fueron muy influyentes en el siglo XIX, pero ninguna predominó sobre la otra. Siempre ha habido quienes consideran la literatura hispanoamericana como un campo autónomo, a la par que ha habido otros que la entienden como una rama de la española<sup>3</sup>.

En la medida en que se producía literatura en Hispanoamérica hubo intentos de recogerla en periódicos, revistas y antologías<sup>4</sup>. Hacia la segunda mitad y fines del siglo XIX comienza también a elaborarse la historia de las literaturas nacionales. Entre las primeras contribuciones cabe mencionar la *Literatura patria* (Caracas, 1864) del venezolano José Antonio Pérez Coronado, el *Bosquejo histórico de la poesía chilena* (Santiago, 1866) del chileno Adolfo Valderrama, y la *Historia crítica de la literatura en México* (México, 1883) de Francisco Pimentel<sup>5</sup>.

Simultáneamente se editan trabajos que compilan materiales literarios del período colonial. En el Perú, Manuel de Odrizola inicia

---

<sup>3</sup> Para Crispin Ayala Duarte “la historia de la literatura hispanoamericana comprende las obras literarias escritas en español por los hispanoamericanos. Forma, pues, parte de la literatura española”. *Resumen histórico crítico de la literatura hispanoamericana*, Madrid, [1927] 1945, p. ix. Para Alfonso Reyes, en cambio, existe un nuevo espíritu hispanoamericano desde el primer siglo de la colonia: “En sólo el primer siglo de la colonia, constan ya por varios testimonios la elaboración de una sensibilidad y un modo de ser novohispanos distintos de los peninsulares, efecto de ambiente natural y social sobre los estratos de las tres clases mexicanas: criollos, mestizos e indios”. *Letras de la Nueva España*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 40. Explicamos el origen de la posición de Reyes más adelante.

<sup>4</sup> Boyd G. Carter ofrece excelentes datos en su *Historia de la literatura hispanoamericana a través de sus revistas*, México D.F., De Andrea, 1968.

<sup>5</sup> Fernando Alegría señala que su propio libro (*La poesía chilena. Orígenes y desarrollo*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1954) es el primer intento desde Valderrama de hacer una historia de la poesía chilena. Cabe señalar también que al preparar su historia crítica de la literatura mexicana, Pimentel se limitó a una extensa historia de la poesía: Pimentel, Francisco, *Historia crítica de la poesía en México*, México D.F., Secretaría de Fomento, 1892. *La Historia de la poesía hispanoamericana* de Marcelino Menéndez y Pelayo (citada más adelante) contiene muchos elementos útiles. Emiliano Diez-Echarri y José María Roca Franquesa ofrecen datos apreciables también en su *Historia de la literatura española e hispanoamericana*. Madrid, Aguilar, 1960, pp. xi-xiv.

la publicación del primer tomo de su voluminosa *Colección de Documentos literarios del Perú*, en 1863; y en Chile José Toribio Medina presenta su *Historia de la literatura colonial de Chile*, en 1878<sup>6</sup>. Los libros de índole nacional se publican a veces con el espíritu de dar a conocer los valores continentales. Tal es el caso del extenso y útil *Parnaso peruano* (1871) editado por José Domingo Cortés en Santiago de Chile. Es preciso señalar aquí la necesidad de estudios tanto particulares como de conjunto sobre el origen de las literaturas nacionales hispanoamericanas.

Los primeros conatos de reconstrucción de la historia literaria hispanoamericana son antologías en las cuales se presupone que a partir de la independencia existe una unidad hispanoamericana. Así, por ejemplo, en *América literaria. Producciones selectas en prosa y verso* (1883) Francisco Lagomaggiore lamenta el aislamiento literario de los estados hispanoamericanos, cuyos destinos deberían ser idénticos:

Este aislamiento, lejos de estrechar los vínculos que atan [a las repúblicas hispanoamericanas] en su pasado glorioso, cuando iniciaron la lucha heroica de la emancipación, los afloja por el contrario, dándonos como resultado inmediato la secuestación de estados que viven en un mismo continente; que fueron en un tiempo opulentas colonias de un mismo y poderoso soberano; que luego combatieron juntos por una misma causa; y que idénticos destinos deben cumplir en el tiempo y en el espacio<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> Se debe asimismo mencionar a aquellos que empezaron desde el siglo XVIII a dar noticias de las obras publicadas en América, como fueron Juan José de Eguiara y Eguren, autor de *Biblioteca Mexicana en Latín* en 1755; y José Mariano Beristain de Souza, que publicó una *Biblioteca Hispano Americana Septentrional o Catálogo y noticias de los literatos que o nacidos o educados, o florecientes en la América septentrional española, han dado a luz algún escrito, o lo han dejado preparado para la prensa*, de 1816. Al ya citado José Toribio Medina le debemos muchos utilísimos volúmenes sobre la imprenta en América.

<sup>7</sup> Lagomaggiore, Francisco (ed.) *América Literaria. Producciones selectas en prosa y en verso*, [primera edición de 1883] 1890, p. iv.

A pesar de concebir la literatura hispanoamericana como unidad, Lagomaggiore divide su compendio antológico en secciones dedicadas a las nuevas repúblicas; y trata de salir del bochorno indicando que: “En las páginas de este libro, aunque divididos por las fronteras artificiales que les hemos creado para metodizar nuestro trabajo, se confunden todos ellos en un sólo terreno, y se cobijan bajo una sola enseña: la de la fraternidad intelectual”<sup>8</sup>. No obstante ser las obras antologadas del siglo XIX, cada sección del voluminoso libro (de unas 1400 páginas) contiene una introducción, a cargo de distintos autores, que sitúa cronológicamente cada una de las correspondientes literaturas nacionales. Un buen número de estas introducciones se remonta al período colonial, y el espíritu de sus autores es antiespañolista. Pero incurren en anacronismos pintorescos, por ejemplo al acusar a los Reyes Católicos, quienes por “su absoluto e irresponsable dominio en el Perú, impidieron por todos los medios a su alcance que la luz de la razón se proyectase sobre el cuadro de degradante servidumbre en que mantenía al imperio conquistado”<sup>9</sup>. La actitud de los autores de estos ensayos con respecto de las poblaciones indígenas es inconsistente. Si Chacal tan a habla de un período literario durante el imperio de las Incas, Santiago Vaca-Guzmán, el autor de la sección dedicada a la literatura boliviana afirma que “la rama indígena, pues, con su idioma onomatopéyico, rudimentario, semibárbaro, nada pudo ofrecer como tradición literaria, ni como modelo digno de copia el día que la nación boliviana se halló en la posibilidad de marcar rumbo a sus ideales artísticos y de utilizar para ello lo que el pasado debía legarle”<sup>10</sup>.

A comienzos del siglo XX no había todavía Historia literaria alguna que tratara lo hispanoamericano fuera del contexto de la

---

<sup>8</sup> Lagomaggiore, *América literaria*, p. iv.

<sup>9</sup> Chacaltana, Cesáreo en Lagomaggiore, *América literaria*, p. 379.

<sup>10</sup> Vaca-Guzmán, Santiago, en Lagomaggiore, *América literaria*, p. 350.

literatura española. Se empezaba a dar por sentado, sin embargo, que la historia literaria hispanoamericana existía por sí, que era distinta de la española y que se remontaba al período colonial. Uno de los primeros en declarar la existencia de la historia literaria hispanoamericana en estos términos fue el venezolano Rufino Blanco Fombona:

La América Latina, poblada antes del descubrimiento por razas indígenas muy semejantes; sometida y colonizada por el mismo conquistador; campo de un extremo a otro de las mismas emigraciones europeas, posee hoy, aunque dividida en diferentes Repúblicas, un alma común. De ahí que haya una literatura iberoamericana; y que el escritor de Guatemala parezca al de Chile o al de Bolivia.

En cambio, aunque todos cultivamos la misma lengua, los Ibero-Americanos, respecto a constitución mental, distamos cien leguas de los españoles. Nosotros somos un pueblo eminentemente revolucionario; corremos hacia la Ciencia; vemos hacia adelante, hacia el Porvenir, desgarramos el velo del Futuro, La psicología de España es muy otra<sup>11</sup>.

La propuesta de Rufino Blanco Fombona acerca de que la psicología hispanoamericana es distinta de la española fue el concepto mediante el cual se empezó a vincular la literatura hispanoamericana decimonónica con la del período colonial. A este respecto, el ensayo sobre Juan Ruiz de Alarcón escrito por Pedro Henríquez Ureña, en 1913, pudo decirse que marcó época. Henríquez Ureña sostuvo que la mexicanidad de Ruiz de Alarcón no se encuentra en el color local, sino en las particularidades americanas que se perciben en comportamientos y la psicología de sus personajes. En ese estudio está el germen de la justificación de las historias literarias americanistas que se publicarían en el siglo XX: existen peculiaridades americanas que se remontan a la época colonial. La influencia del argumento

---

<sup>11</sup> Blanco-Fombona, Rufino, *Letras y letrados de Hispano-América*. París, Librería Paul Ollendorff, 1908, pp. 46-47.

general de Henríquez Ureña fue inmediata. En 1918 Alfonso Reyes aprovechó este punto de vista para defender el criterio americanista que vincula las nuevas naciones con sus pasados coloniales, así como, por otra parte, a fin de explicar las limitaciones de los mejores críticos literarios españoles que trataron la literatura hispanoamericana: “Menéndez y Pelayo, a pesar de su magno esfuerzo, nunca logró entender por completo el espíritu americano. Para él la América fue siempre cosa externa, región caracterizada por el color local”<sup>12</sup>. Según Reyes, el erudito español no ve que “la vida cotidiana, la trama de pequeñas existencias [...] labran una psicología nacional”<sup>13</sup>.

La idea de que hay un espíritu o una psicología hispanoamericana transnacional que se remonta al período colonial es, sin duda, una novedad que abre las puertas a la historia literaria hispanoamericana como un conjunto autónomo. En 1925 Henríquez Ureña no reconocía la novedad de su criterio. Se sorprendía de que sólo existiesen dos Historias de la literatura de la América española y de que éstas hubieran sido escritas por extranjeros:

La literatura de la América española tiene cuatro siglos de existencia, y hasta ahora los dos únicos intentos de escribir su historia completa se han realizado en idiomas extranjeros: uno, hace cerca de diez años, en inglés (Coester); otro, muy reciente, en alemán (Wagner). Está repitiéndose, para la América española, el caso de España: fueron los extraños quienes primero se aventuraron a poner orden en aquel caos o -mejor- en aquella vorágine de mundos caóticos<sup>14</sup>.

Henríquez Ureña tiene razón hasta cierto punto: antes de *The literary history of Spanish America* (1916), de Coester, no existían Historias literarias en las cuales lo hispanoamericano se presentase

---

<sup>12</sup> Reyes, Alfonso, “Tres siluetas de Ruiz de Alarcón”, *Obras Completas. Tomo IV*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1957, p.126.

<sup>13</sup> Reyes, “Tres siluetas de Ruiz de Alarcón”, p. 127.

<sup>14</sup> Henríquez Ureña, Pedro, “Camino de nuestra historia literaria”, en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Babel, 1928, p. 37.



como un campo autónomo. No podía ignorar, sin embargo, la existencia de Historias de la literatura española que tenían en cuenta autores hispanoamericanos e incluso asumían la historia de la literatura hispanoamericana como un caso de literatura regional. Uno de los trabajos pioneros es un capítulo, de unas 65 páginas, que el padre jesuita Manuel Poncelis consagra a Hispanoamérica en su *Historia de la literatura* (1891)<sup>15</sup>. Según Poncelis, se puede hablar de una literatura hispanoamericana a partir de la independencia: “Por los años de 1810, al constituirse las colonias españolas en otras tantas naciones soberanas e independientes, sin dejar la lengua que recibieron de España, comenzaron también a tener vida y literatura propias. Es lo que llamamos literatura hispanoamericana”<sup>16</sup>. Poncelis divide su trabajo por países, y, por lo demás, un poco a contrapelo de su definición de la literatura hispanoamericana como un fenómeno decimonónico, da noticias de la literatura colonial en varios de los capítulos. Poco después del libro de Poncelis, a resultas del cuarto centenario del descubrimiento de América, se publicaron en Madrid dos trabajos, el primero fundamental, el segundo influyente: la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893) de Marcelino Menéndez y Pelayo (base de su *Historia de la poesía, hispano-americana* [Tomo I, 1911; Tomo II, 1913]); y *La literatura española del siglo XIX* (Madrid, 1894) de P. Francisco Blanco García. Ambos autores consideraban la literatura de las regiones hispanoamericanas como ramas de la literatura española. Para Blanco García la literatura hispanoamericana debía estudiarse al modo de una literatura regional como la de Cataluña o Galicia; y don Marcelino, por su parte, piensa que su antología es el primer intento de incorporar lo más ilustre de las letras hispanoamericanas a la literatura española:

---

<sup>15</sup> Poncelis, P. Manuel, *Historia de la literatura*. Buenos Aires, León Mirau, 1897. Citamos la segunda edición de este libro. Según una advertencia del autor hubo una primera edición que se publicó poco antes en Chile: “Agotada la edición que poco ha salió a luz en Chile, ofrezco la presente, que he procurado corregir y aumentar”, p.5.

<sup>16</sup> Poncelis, *Historia de la literatura*, p. 311.

Hoy [...] sea cualquiera el destino que la Providencia reserve a cada uno de los miembros separados del común tronco de nuestra raza, ha parecido oportuno consagrar en algún modo el recuerdo de esta alianza, recogiendo en un libro las más selectas inspiraciones de la poesía castellana al otro lado de los mares, dándoles (digámoslo así) entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas<sup>17</sup>.

Tanto para Blanco García como para Menéndez Pelayo la historia de la literatura hispanoamericana no debía ser un inventario de lo que se escribió en la América española o sobre ella, sino un compendio de lo más digno y original. Menéndez Pelayo escribe que tuvo que pasar por el cedazo de sus criterios estéticos un gran número de colecciones de literatura americana, muchas no de su gusto. Destaca, como la mejor colección de poesía “la célebre y ya rara *América poética*, que publicó en Valparaíso en 1846 el argentino D. Juan María Gutiérrez, persona de buen gusto y de mucha lectura, aunque obscureciese sus buenas prendas un antiespañolismo furioso, que fue exacerbándose con los años”<sup>18</sup>.

Numerosos datos de *The literary history of Spanish-America* (1916) de Alfred Coester provienen de estos dos libros españoles; y el plan de su obra es prácticamente idéntico al de la historia literaria hispanoamericana de Blanco García. Ambos tratan en conjunto los períodos coloniales e independentistas antes de pasar al estudio de diez naciones y regiones que son fundamentalmente las mismas<sup>19</sup>. Coester considera que la unidad de la literatura hispanoamericana proviene de las condiciones de vida durante el período colonial y de las metas

---

<sup>17</sup> Menéndez y Pelayo, don Marcelino, *Historia de la poesía hispanoamericana*, Tomo I, Madrid, Victoriano Suárez, 1911, p. 13.

<sup>18</sup> Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*, p. 18.

<sup>19</sup> Blanco García, P. Francisco, “La literatura hispano-americana. Apuntes para su historia en el siglo XIX”, *La literatura española en el siglo XIX*, Parte Tercera, Madrid, Sáenz de Jubera, [1894], 1972, pp. 254-372.

comunes de las diversas naciones durante el período independentista. Señala, sin embargo, que después de la independencia se advierten particularidades nacionales<sup>20</sup>. Coester pretende distanciarse de la *Historia de la poesía hispano-americana* porque Menéndez y Pelayo subsumía la literatura hispano-americana bajo la española y porque atacaba la exuberancia de cierta poesía nativa. En el fondo, sin embargo, el criterio de originalidad de la literatura hispanoamericana mantenido por Coester es el mismo que el de don Marcelino. Basta cotejar advertencias generales de ambos libros:

Esta originalidad [la hispano-americana...] ha de buscarse en la contemplación de las maravillas de un mundo nuevo, en los elementos propios del paisaje, en la modificación de la raza por el medio ambiente, y en la enérgica vida que engendraron, primero el esfuerzo de la colonización y de la conquista, luego la guerra de separación, y finalmente las discordias civiles. Por eso, lo más original de la poesía americana es, en primer lugar, la poesía descriptiva, y en segundo lugar, la poesía política<sup>21</sup>.

En este libro se ha tomado las grandes líneas de la política como guía por entre la masa de lo impreso [...]. En cuanto a la originalidad de la literatura hispanoamericana, ésta reside sobre todo en el asunto, en sus cuadros del escenario natural y de la vida social<sup>22</sup>.

A su vez, los dos antecedentes principales que Max Leopold Wagner reconoce en su *Die Spanisch-Amerikanische Literature in*

---

<sup>20</sup> “Las condiciones de vida durante el período colonial y el común punto de mira de los diversos países durante la época revolucionaria otorgó una cierta similitud a sus producciones literarias. Una vez ganada la libertad, no obstante, cada país siguió su propio curso en la literatura y en la política”. Coester, Alfred, *The literary history of Spanish America*, New York, The Macmillan Company [la primera edición es de 1916], 1928, p. viii.

<sup>21</sup> Menéndez y Pelayo, don Marcelino, *Historia de la poesía hispano-americana, Tomo I*, Madrid, Victoriano Suárez, 1911, p. 16.

<sup>22</sup> Coester, Alfred, *The literary history of Spanish America*, The Macmillan Company, [la primera edición es de 1916], 1928, p. ix.

*ihren Hauptströmungen* [La literatura hispanoamericana en sus corrientes principales] (1924) son nuevamente la *Antología de poetas hispanoamericanos*, de don Marcelino, y la historia de Coester. La diferencia fundamental entre el libro de Wagner y sus antecedentes es el plan de su obra: en vez de organizar la historia literaria hispanoamericana por regiones y países, Wagner intenta describir el desarrollo del conjunto:

Al contrario que Menéndez y Pelayo, y Coester, quienes disponen las literaturas por países, yo intento, según me parece más adecuado a mi propósito, tratar la producción literaria de los diversos países exhaustivamente para mostrar lo común de su entero desarrollo<sup>23</sup>.

La historia literaria de Wagner consta sólo de 65 páginas. Como Menéndez y Pelayo, Wagner afirma que la originalidad de la literatura hispanoamericana se da en escritores políticos y descriptivos. A diferencia de don Marcelino, él considera que la literatura hispanoamericana es un campo aparte, e insiste en la importancia del concepto de americanismo así como en los elementos mestizos y exóticos de la misma. Consagra la primera sección de su libro a la literatura colonial. A partir de la segunda sección, la periodización de Wagner se corresponde, a grandes rasgos, con la de la literatura alemana. El segundo período para Wagner es el de la ilustración y el clasicismo. El tercero es el romanticismo y el cuarto el contemporáneo, en el que Wagner señala una tensión entre el modernismo de Rubén Darío y el Americanismo cuya meta es la de presentar el alma del pueblo americano<sup>24</sup>.

Henríquez Ureña conocía, sin duda, las fuentes de historia literaria española que tanto Coester como Wagner aprovecharon. Si las omite

---

<sup>23</sup> Wagner, Max Leopold, *Die Spanisch-Amerikanische Literatur in ihren Hauptströmungen*, Teubner, Leipzig-Berlin, 1924.

<sup>24</sup> Wagner, *Die Spanisch-Amerikanische Literatur*, p. 51.

y señala la de Coester como el trabajo pionero es porque el concepto de historia literaria hispanoamericana como mera rama de la española va en contra del tipo de historia literaria que el crítico dominicano deseaba promover: “nuestra literatura se distingue de la literatura de España, porque no puede menos de distinguirse, y eso lo sabe todo observador. Hay más: en América, cada país, o cada grupo de países ofrece rasgos peculiares suyos en la literatura, a pesar de la lengua recibida de España, a pesar de las constantes influencias europeas”<sup>25</sup>.

Mientras que Blanco García incluye sus reflexiones sobre la historia literaria hispanoamericana en el volumen de su libro destinado a las literaturas regionales, Henríquez Ureña deseaba que la literatura de lengua española en América se estudiara autónomamente. Para Blanco García la literatura hispanoamericana atañe a “naciones de nuestra raza, que profesan nuestra religión, hablan nuestro idioma, y conservan, aunque modificado, el sello que imprimió en sus costumbres la influencia de la metrópoli; influencia mermada, pero no interrumpida por la emancipación”<sup>26</sup>. A Blanco García le preocupan aquellos elementos heterogéneos de Hispanoamérica “que luchan con la castiza tradición ibérica; de lo que se deriva, entre otras consecuencias, la corrupción del lenguaje”<sup>27</sup>. Reprueba que “en la novísima generación literaria de aquellas Repúblicas se han prendado de ciertas novedades exóticas, malgastando el ingenio en imitar los caprichos dictados por el orgullo o la *hiperestesia* enfermiza de cualquier fundador de cenáculos parisienses”<sup>28</sup>.

Las sensibilidades de Blanco García y de Henríquez Ureña son difíciles de conciliar. Los autores de la novísima generación literaria a

---

<sup>25</sup> Henríquez Ureña, *Seis ensayos*, p. 44.

<sup>26</sup> Blanco García, P. Francisco, *La literatura española en el s. XIX. Parte Tercera. Las literaturas regionales*, “La literatura hispano-americana (Breves apuntes para su historia en el siglo XIX)”, Madrid, Sáenz de Jubera, 1912 (Segunda edición. La primera es de 1894), p. 257.

<sup>27</sup> Blanco García, *Historia de la literatura*, p.265.

<sup>28</sup> Blanco García, *Historia de la literatura*, p.265.

la que Blanco García alude son sin duda los precursores del modernismo, aquellos que para Henríquez Ureña representan el momento en que “los países de América se adelantan ahora a España en más de quince años en esta renovación literaria”<sup>29</sup>. Si Blanco García arguye que “Juan Ruiz de Alarcón, el inmortal creador de *La verdad sospechosa*, conquistó sus laureles en la Metrópoli, y figura siempre como uno de tantos dramáticos españoles, aun habiendo nacido en México”<sup>30</sup>, por su parte, a juicio de Henríquez Ureña, “México debe contar como blasón propio haber dado bases con elementos de carácter nacional a la constitución de esa personalidad singular y egregia”<sup>31</sup>.

Henríquez Ureña prefiere los criterios de Coester por cuanto que éste estudia la literatura hispanoamericana como un conjunto autónomo cuyas particularidades alcanzan el período colonial. Le hace, sin embargo, un reproche:

En la historia literaria el error lleva a la confusión. En el manual de Coester, respetable por el largo esfuerzo que representa, nadie discernirá si merece más atención el egregio historiador Justo Sierra que el fabulista Rosada Romero, o si es mucho mayor la significación de Rodó que la de su amigo Samuel Blíxen. Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura imprescindible. Dejar en la sombra populosa a los mediocres; dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América. [...] La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> Henríquez Ureña, Pedro, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, [primera edición de 1947] 1979.

<sup>30</sup> Blanco García, *Historia de la literatura*, p. 259.

<sup>31</sup> Henríquez Ureña, “Don Juan Ruiz de Alarcón”, *Seis ensayos*, p. 99.

<sup>32</sup> Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, pp. 40-41.

Al subrayar estas figuras como las centrales Henríquez Ureña saludaba los trabajos pioneros de Rufino Blanco-Fombona y de Ventura García Calderón, en los cuales se ponía de relieve precisamente el valor fundamental de esas figuras para todos los hispanoamericanos<sup>33</sup>.

Pocos años después de la publicación de los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* en los que Henríquez Ureña lamentaba que no existieran historias literarias americanistas, éstas empezaron a escribirse. La mayoría de ellas reconocen la importancia de la obra de Henríquez Ureña y, ciertamente, todas presuponen la unidad de la literatura hispanoamericana, al igual que su continuidad desde el período colonial. No fue fácil, sin embargo, encontrar criterios para organizar el conjunto de estas literaturas. Una de las primeras historias fue *Literatura Hispanoamericana* (1934), del ecuatoriano Isaac Barrera, Siguiendo la pauta de Henríquez Ureña, Barrera afirma: “El espíritu americano, como lo hace notar muy bien el notable crítico Pedro Henríquez Ureña, no es otra cosa que espíritu español modificado, por el medio y luego por las mezclas”<sup>34</sup>. Barrera divide su trabajo en cuatro secciones: Los primeros escritores. Siglo XVIII, La Revolución y El Romanticismo. Reconoce la importancia del modernismo, pero no lo trata en su libro. Cada sección está subdividida en apartados en los que pasa de un autor a otro.

Otro intento de síntesis lo constituye la *Breve historia de la literatura, americana* (1937) del peruano Luis Alberto Sánchez. Sánchez hace el mismo reproche que Wagner a Menéndez y Pelayo y a Coester: “No he seguido el criterio de nacionalidades que, desde

---

<sup>33</sup> Blanco-Fombona, Rufino, *Grandes escritores de América* (siglo XIX), Madrid, Renacimiento, 1917, y García Calderón, Ventura, *Semblanzas de América*, Madrid, Biblioteca Ariel, 1920.

<sup>34</sup> Barrera, Isaac, *Literatura hispanoamericana*, Quito, Imp. de la Universidad Central, 1934, p.99.

Menéndez y Pelayo, hasta Alfred Coester, ha sido el predilecto”<sup>35</sup>. A diferencia del texto de Wagner, el trabajo de Sánchez sí que es extenso. En sus heterogéneos capítulos Sánchez alterna entre el orden cronológico y la división por temas o géneros. Las dificultades de encontrar una visión sintética también se perciben en la *Nueva historia de la gran literatura, iberoamericana* (1945), de Arturo Torres-Rioseco, quien inicia su obra mediante capítulos que se aplican al período colonial, al romanticismo, y al modernismo. Subsiguientemente ofrece algunos capítulos heterogéneos referidos a la literatura gauchesca, a la novela hispanoamericana, y a una visión de conjunto de la literatura brasileña. Concluye el libro con un capítulo titulado “La hora actual”, que adopta el criterio nacional a fin de ofrecer datos de la producción reciente de diversos países.

Es irónico que el intento de síntesis del mismo Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, se publicara primero en inglés, en 1945 (apareció póstumamente en español en 1949)<sup>36</sup>. El plan de la obra se organiza desde el punto de vista de la creación de una nueva sociedad hispánica americana que se emancipa política e intelectualmente de la metrópoli a comienzos del siglo XIX. Henríquez Ureña piensa que un período de Romanticismo y anarquía es superado por otro en el cual se organizan las naciones y concluye con el triunfo del modernismo considerado como literatura pura. Asimismo propone que, a partir de entonces, la literatura opta por dos sendas simultáneas y acaso contradictorias: la literatura pura y la literatura de preocupación social. Henríquez Ureña describe las corrientes literarias que considera fundamentales, pero explicando a

---

<sup>35</sup> La segunda edición lleva el título *Historia de la literatura americana* (Desde los orígenes hasta nuestros días), Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, [1937] 1940.

<sup>36</sup> Henríquez Ureña, Pedro, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, [primera edición en inglés 1945] 1949. [Actualmente existe edición de la obra historiográfica completa de Henríquez Ureña, ed. de V. Cervera, Madrid, Verbum, 2017].



su vez que aquellos autores que escogió no son los únicos que podía haber elegido.

En su *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954), Enrique Anderson Imbert elaboró una historia más comprensiva siguiendo a grandes rasgos las pautas americanistas de su maestro Henríquez Ureña. Divide la historia literaria hispanoamericana en tres períodos: el colonial, los primeros cien años de la república y el siglo veinte. Anderson Imbert presupone que existe unidad cultural en Hispanoamérica y que, por lo tanto, las literaturas nacionales son ilusorias. Por otra parte, reconoce la importancia de indicar valores, pero no cree que sea satisfactorio “dejar en la sombra” a las figuras menores:

Nuestras contribuciones efectivas a la literatura internacional son mínimas. Bastante hemos hecho si se tienen en cuenta los mil obstáculos con que ha tropezado, y todavía tropieza, la creación literaria. El Inca Garcilaso, Sor Juana Inés de la Cruz, Andrés Bello, Domingo Sarmiento, Juan Montalvo, Ricardo Palma, José Martí, Rubén Darío, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Pablo Neniela y diez más son figuras que honrarían cualquier literatura. Pero, en general, nos aflige la improvisación, el desorden, el fragmentarismo, la impureza. Forzosamente tendremos que dar acogida a mucho escritor malogrado<sup>37</sup>.

El libro de Anderson Imbert es el intento más importante de borrar las divisiones nacionalistas en una historia de la literatura hispanoamericana. Los trabajos más recientes, como el influyente *An Introduction to Spanish-American literature* (1969) de Jean Franco, son más pragmáticos: señalan diversidades nacionalistas, raciales y regionales dentro de un marco de unidad, y toman en cuenta el valor de la nueva narrativa hispanoamericana (en particular a los autores del

---

<sup>37</sup> Anderson Imbert, Enrique, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1954, pp. 7-8.

llamado Boom de la novela)<sup>38</sup>. Franco retoma los criterios de Menéndez y Pelayo de la originalidad de la literatura hispanoamericana (la representación literaria de la naturaleza y de la vida política) desde una perspectiva progresista en que la literatura ilumina los conflictos entre dominantes y dominados. Cabe señalar también la *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, de Cedomil Goic que contiene informaciones sobre el estado de la disciplina de la crítica literaria hispanoamericana en los ensayos, artículos y bibliografías que recoge<sup>39</sup>.

Según quedó dicho en un principio, la concepción de la historia de la literatura hispanoamericana es un fenómeno reciente; y, ahora podemos añadir, su figura más importante fue Pedro Henríquez Ureña. Es a partir de su referido trabajo sobre Ruiz de Alarcón, de 1913, cuando se encuentran criterios y modelos aptos para vincular la literatura del período republicano con la de épocas anteriores. Los historiadores de la literatura hispanoamericana se enfrentan a los escollos propios de cualquier intento metodológico de distinguir los autores, las corrientes, las producciones y los acontecimientos mayores de los menores, así como a aquellos problemas especiales que surgen cuando se propone reconciliar la historia de los géneros literarios con la de la producción literaria de alguna región concreta. Existen, también, dificultades más particularizadas debidas a las tensiones que se suscitan entre la propensión a entender la literatura hispanoamericana como una rama de la española y la actitud americanista que afirma la autonomía de la literatura hispanoamericana respecto de la española al tiempo que procura

---

<sup>38</sup> Franco, Jean, *An Introduction to Spanish-American literature*, London, Cambridge University Press, 1969.

<sup>39</sup> Goic, Cedomil, *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. Época Colonial*, Editorial Crítica, Barcelona, 1988; e *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. Del Romanticismo al modernismo*, Editorial Crítica, Barcelona, 1997. Está por publicarse el volumen consagrado a la época contemporánea.

borrar las divisiones nacionales: de otro lado, el fomento de literaturas nacionales o de fenómenos regionales; y, por otra parte, fenómenos entre los cuales se distingue el surgimiento de movimientos literarios transnacionales como el Modernismo y la narrativa del “*Boom*”.

Desde la perspectiva de quienes consideran que el pasado literario de las repúblicas hispanoamericanas era español, el problema de la historia literaria hispanoamericana consiste, como lo planteó Menéndez y Pelayo, en la inclusión de obras hispanoamericanas en la historia de la literatura española. Desde el punto de vista americanista, en cambio, la literatura hispanoamericana implica el establecimiento de criterios que determinen una comunidad entre el período republicano y los anteriores. La perspectiva americanista no es siempre consistente en relación a las vicisitudes de la formación de las diversas literaturas nacionales: hay momentos en que autores hispanoamericanos elaboran modos comunes de trabajar los géneros literarios, aunque cada literatura nacional tenga sus dificultades particulares y peculiaridades. Una solución radical al problema de la historia literaria hispanoamericana ha sido tomar en serio la exhortación de Sarmiento de darle la espalda a la tradición española en nombre de la literatura nacional. Ésta era la posición de Jorge Luis Borges cuando afirmó que la literatura española es, para los argentinos, un gusto adquirido:

Se dice que hay una tradición a la que debemos acogernos los escritores argentinos, y que esa tradición es la literatura española. Este consejo [...] tiende a encerrarnos; muchas objeciones podrían hacerse, pero basta con dos. La primera es ésta: la historia argentina puede definirse sin equivocación como un querer apartarse de España, como un voluntario distanciamiento de España. La segunda objeción es ésta: entre nosotros el placer de la literatura española, un placer que yo personalmente comparto, suele ser un gusto adquirido<sup>40</sup>.

---

<sup>40</sup> Borges, Jorge Luis, “El escritor argentino y la tradición”, en *Discusión*, Madrid, Alianza Editorial, p. 134.

Puesto que el distanciamiento de España fue, para muchas figuras fundamentales de la literatura hispanoamericana, una decisión consciente, no parece convincente estudiar la historia de esta literatura como una simple rama de la española. Ahora bien, tampoco se puede pretender una continuidad de intereses entre el pasado colonial o el precolombino y las vicisitudes de la formación de las nuevas repúblicas: esta continuidad supone atribuirles a las figuras del pasado propósitos que no expresaron y que seguramente no estaban en condiciones de expresar. Quizás se debiera abordar el problema de la historia literaria hispanoamericana estudiando aquellos momentos en que la literatura cambia de rumbo precisamente porque algunos autores influyentes, como Sarmiento en el XIX y Borges en el XX, le dan la espalda a la tradición española, o porque se escoge reivindicar aspectos del pasado colonial y del precolombino o africano en la medida en que éstos son utilizables para fines nacionalistas en el presente. Podría ser ventajoso estudiar la historia de la literatura hispanoamericana como un proceso de negación o de recuperación del pasado desde la perspectiva de los avatares de las culturas nacionales y de los proyectos de fundar una cultura americanista. Se deberían identificar los momentos en los cuales la literatura hispanoamericana se ha nutrido de las reinterpretaciones del pasado americano y de las reinterpretaciones de figuras coloniales o precolombinas. Desde esta perspectiva cabrá retomar una línea de investigación, algo descuidada en las últimas décadas, que se ocupaba de reunir datos sobre los diversos círculos literarios, y cuyo mayor exponente fue quizás Alberto Zum Felde<sup>41</sup>. En vez de insistir en continuidades o desarrollos orgánicos de la literatura hispanoamericana, la cuestión consiste en revisar estos documentos con el propósito de poder determinar las rupturas y los momentos en que se censuran o reivindican figuras o

---

<sup>41</sup> Existen pocos libros como los de Alberto Zum Felde por la rica información que ofrece sobre revistas, periódicos y círculos literarios. *El índice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas*, México D.F., Guaranía, 1954; y *El índice crítico de la literatura hispano-americana. La narrativa*, México D.F., Guaranía, 1959.

fenómenos del pasado pre-independentista por la importancia que éstos puedan tener para los diversos y a veces controvertidos intereses nacionales. Habría también que estudiar, desde esta perspectiva, la elaboración de mitos o movimientos nacionales como pueden serlo el gaucho para Argentina o Uruguay, el indigenismo para la región andina, o la fusión de culturas para México. Así se evitaría el anacronismo que consiste en proyectar sobre el pasado las inquietudes nacionalistas o americanistas del presente.

La reflexión sobre la historia de la literatura hispanoamericana es un fenómeno del siglo veinte que depende, en gran parte, de las reinterpretaciones del pasado americano en la medida en que éstas inciden en la producción de literatura viva. Por eso Ventura García Calderón tiene razón cuando empieza el libro más influyente de la historia de la literatura peruana con la siguiente formulación irónica:

Ninguna novela más extravagante que la historia literaria de América. Después de ser el sueño de cien poetas, un soñador inventa un continente como un Poema<sup>42</sup>.

---

<sup>42</sup> García Calderón, Ventura, *Del Romanticismo al modernismo. Prosistas y poetas peruanos*, París, Paul Ollendorff, 1910, p. iii.